

Un lector áureo de los clásicos griegos: de los epigramas de la *Antología griega* a las *Anacreónticas* en la poesía de Quevedo

Lía Schwartz
Dartmouth College

Los que comentan y declaran a los poetas griegos y latinos merecen alabanza y premio, así por las canas de la antigüedad que los ha hecho inaccesibles, como porque se muestra mejor la erudición de autores y de varias lenguas.

(Lope de Vega, *La Dorotea*, acto IV, esc. 2)

nam cum plane existimem id quod in tota mundi machina praecipuum est, nempe solem... ad te [Quevedum], qui in Hispano orbe et ingenii, et litterarum praestantia, et famae magnitudine, et sanguinis nobilitate primas tenes partes, emittere...

(Vicente Mariner, a *Iuliani Caesaris in Regem Solem ad Salustium panegyricus*, Matriti, 1625)

La colección de epigramas que, divididos en diversos subgéneros poéticos, puede leerse hoy en las ediciones de la *Antología Palatina*, son un producto de la labor de los filólogos de Constantinopla. Así llamada porque fue transmitida en un *codex* único de la Biblioteca Palatina de Heidelberg, se sabe que había sido recopilada por Constantino Cephalas, en el siglo X de nuestra era. Cephalas se basó en tres florilegios compuestos en épocas muy diferentes. Por un lado, incluyó la «Corona o *stephanos* de Meleagro», un griego de Siria del siglo I a. C., gran poeta elegíaco, quien, junto a sus composiciones y a las de algún contemporáneo, como Antipater de Sidonia, recogió epigramas escritos en la época clásica, es decir, entre los siglos VII y III a. C. Por otro lado, recogió la «Guirnalda» o corona de Filipo, que data de la época de Augusto. Finalmente, añadió los epigramas correspondientes al «Ciclo de

Agatías», que vivió en la época de Justiniano, poemas de autores que eran contemporáneos suyos, por tanto, y otros procedentes de las obras de Strato, Rufino y el alejandrino Palladas. Hacia el año 980 terminó de compilarse y transcribirse esta colección, dividida en quince libros, que es la que leemos hoy en las ediciones modernas.

En el siglo XIII, el conocido erudito Máximo Planudes revisó y reorganizó la obra de Cephelas, estructurando la colección en siete libros, divididos en capítulos, que contenían unos 2.500 epigramas, frente a los 3.700 de la *Antología Palatina*. Esta así llamada *Antología Planudea* fue la que llevaron consigo los humanistas bizantinos que emigraron a Italia a lo largo del siglo XIV. Allí se imprimió, por primera vez en 1494, en las prensas de Aldus, en una edición monolingüe, que apareció, sin embargo, con un título bilingüe: *Florilegium diversorum epigrammatum veterum - Anthología diaphóron epigrammáton palaión*. Reimpresa numerosas veces a lo largo de los siglos XVI y XVII, entre otros por el editor francés Henri Estienne, comenzaron a aparecer *selecciones* traducidas de este florilegio a partir de 1528 pero nunca una edición bilingüe de la colección *completa*. Las numerosas referencias de González de Salas a los poetas «epigramatarios», y sus indicaciones precisas de los «libros» en los que se encuentran los epigramas citados en los discursos preliminares de su edición del *Parnaso*, confirman que fue la *Planudea* la versión que habían leído don Jusepe y su amigo, Quevedo, en el Madrid de la primera mitad del XVII¹. Estos poemas encerraban «novedades» en materia de *topoi*, podían ser fuente de inspiración para el desarrollo de ese lenguaje agudo que, promovido por Justo Lipsio, siguió desarrollándose desde fines del siglo XVI y, aun más, eran vía directa de acceso a temas y formas que se conocían generalmente a través de la lectura de los intermediarios que los transmitieron: los poetas romanos y los humanistas neolatinos.

Si la lectura de los epigramas de la *Planudea* estaba firmemente establecida ya entre los humanistas del siglo XVI, gran novedad fue la publicación de otra pequeña colección de poemas, transmitidos en el mismo *codex* que contenía la *Antología Palatina*, donde figuraban como apéndice. Henri Estienne fue quien los descubrió en Louvain en 1551. Procedió a darlos a la imprenta en 1554 y, tras

¹ Sobre la historia de la colección, *cfr.* el prólogo de W. R. Paton a su edición, *The Greek Anthology*, 1993, y el libro fundamental de Hutton, 1935. Crosby, 1956, recordó ya estas cuestiones. Los comentarios de González de Salas, publicados en la *princeps* de *EL PARNASO ESPAÑOL, / MONTE EN DOS CUMBRES DIVIDIDO, / CON LAS NVEVE MVSAS CASTELLANAS...*, Madrid, 1648. / A costa de Pedro Coello, Mercader de Libros, pueden leerse ahora en la edición de la poesía de Quevedo de don José Manuel Blecua, *Obra poética*, 1969, tomo I, pp. 85-138. Rey, 1992, pp. 33-60, ofrece la descripción de todas las ediciones del *Parnaso* en su *Poesía moral (Polimnia)*.

modificar el orden de los poemas e indicar, inescrupulosamente diríamos hoy, que se había basado, además, en un segundo (e inexistente) manuscrito, escrito en papiro («in cortice arboris»), los hizo pasar por obras auténticas del poeta Anacreón de Teos (530-485 a. C.), aunque estos poemas fueron compuestos muchos siglos más tarde, hoy sabemos que en las eras romana y bizantina². El éxito de las anacreónticas fue fulminante en Europa y su impacto seguía siendo poderoso a comienzos del XVII, cuando Quevedo decide traducirlas y anotarlas en su *Anacreón castellano*, de 1609, concluido nueve años antes de la aparición de la traducción de Esteban Manuel de Villegas en 1618. Indudablemente, estudiar éste y otros tesoros de la cultura griega, que un editor había hecho accesibles, debía de haber sido objeto de regocijo para lectores como Quevedo, que seguían con verdadera pasión, desde fines del XVI, el movimiento editorial de las prensas italianas, ginebrinas y francesas.

Que el *Anacreón castellano* es la primera traducción que se hizo en España del poemario completo del seudo-Anacreón, es decir, de las *Anacreontea*, es un hecho irrefutable. Que quien lee las notas, preparadas por Quevedo para su edición, debe admitir que, en este su período filológico de la primera década del siglo XVII, nuestro autor hizo un enorme esfuerzo por entender y explicar los poemas consultando traducciones latinas y francesas y enciclopedias de la época, o comentando pasajes oscuros con su amigo, el erudito y poeta Francisco de Rioja, es también innegable. Sin embargo, cuando pensamos en la fortuna que esta temprana obra de nuestro autor tuvo después de la década de los sesenta de nuestro siglo XX, no cabe sino citar al gran poeta latino: *Habent sua fata libelli*. Hace ya más de treinta años que se declaró que Quevedo no sabía griego y se viene reiterando este *dictum* desde entonces, a pesar de los elogios que, de Vicente Mariner y don Jusepe González de Salas a Nicolás Antonio, de María Rosa Lida a Donald Castanien, fue recibiendo nuestro humanista *amateur*³. En tres trabajos

² Cfr. ANAKREONTOS / Teíou Méle. / ANACREONTIS / Teij Odae. / Ab Henrico Stephano / luce et Latinitate nunc primum donatae. / Lutetiae. / Apud Henricum Stephanum. / M.D. LIII. Me refiero en detalle a estas cuestiones en un artículo de próxima aparición: «El *Anacreón castellano* de Quevedo y las *Eróticas* de Villegas: lecturas de la poesía anacreóntica española en el siglo XVII». Para sendos análisis de las *anacreontea* y su influencia sobre la literatura francesa, cfr. respectivamente, Rosenmeyer, 1992 y O'Brien, 1995.

³ El elogio de Mariner aparece en el epígrafe de este trabajo, en el que cito unas frases de la «epístola nuncupatoria» de su *Panegírico al Sol*, que puede leerse hoy en la edición de las *Obras completas* de Quevedo, *Prosa*, 1932, pp. 1434-38 y me he referido a su juicio sobre la cultura de nuestro autor en otro artículo (Schwartz, 1998). Pueden leerse las numerosas alabanzas del editor de *El Parnaso español*, Madrid, 1648, en los discursos que preceden a cada una de las musas o secciones de la *princeps* de la poesía de Quevedo, de las que ofrezco un solo ejemplo: «La felicidad del ingenio de nuestro don Francisco, fuera es de

anteriores a éste, en los que estudio las versiones e imitaciones de las *Anacreónticas*, que a partir de esta primera de la serie, circularon en el siglo XVII, me he referido ya a la necesidad de reconsiderar este juicio basado, a mi modo de ver, en una concepción ahistórica, anacrónica, de las prácticas de la traducción en la temprana edad moderna⁴.

Quevedo leía griego, y lo transcribía, como lo demuestra más de una anotación manuscrita que se ha encontrado en alguno de los libros de su biblioteca. Sin duda, no fue un humanista profesional. No sería realista comparar sus conocimientos con los de su amigo, Vicente Mariner, cuyas obras, transmitidas en treinta y tres manuscritos catalogados por Juan de Iriarte en 1769, incluían 1.789 epigramas latinos y 149 epigramas griegos originales, ni con los de los grandes filólogos y críticos europeos como Erasmo, Justo Lipsio, Henri Estienne o Isaac Casaubon, muchas de cuyas ediciones de los clásicos griegos y latinos Quevedo atesoraba en su biblioteca⁵.

Sin embargo, como he señalado ya, las anotaciones que ilustran su paráfrasis de las *Anacreónticas* dan amplio testimonio de que nuestro autor conocía el *canon*, que se había interesado por las antigüedades griegas y que manejaba las polianteas más modernas que fueron reemplazando, en el XVII, a las que se usaban durante la primera mitad del siglo anterior. Así lo demuestran sus citas de la *Varia historia* de Eliano, de los *Deipnosophistae* y de las ediciones más recientes de obras griegas, algunas bilingües, como *Los amores de Leucipa y Clitofonte*, de Achilles Tatius, que Quevedo utiliza en sus notas. Quevedo mismo tradujo algunos fragmentos famosos de esta novela griega de Achilles Tatius, que Apráiz pen-

toda duda que reinó en la poesía. Pocos, creo, que lo entendieron así, por comunicarle íntimamente pocos; pero yo lo tuve bien advertido siempre, aun cuando más presumió de otras erudiciones, y ansiosa y afectadamente las profesó, y se divirtió por mucha edad en ellas. Grande facultad tuvo poética, y más por su naturaleza, digo, que por su cultura; pudiendo también asegurar que hasta hoy yo no conozco poeta alguno español versado más, en los que viven, de hebreos, griegos, latinos, italianos y franceses; de cuyas lenguas tuvo buena noticia, y de donde a sus versos trujo excelentes imitaciones» (ed. Blecua, p. 91). Reitera esta opinión Nicolás Antonio en su *Bibliotheca*, reproducida en la sección «Elogios» de la ed. cit. de la obra de Quevedo, *Verso*, vol. II, p. 973a: «D. Franciscus de Quevedo Villegas, vir inter nos ingenio et eloquentia nec minus eruditione clarus». Ver además los trabajos de Lida, 1939, Bénichou-Roubaud, 1960, Gregores, 1953-1954, Simón Díaz, 1945 y Castanien, 1958.

⁴ Cfr. Schwartz, 1995, y los dos trabajos en prensa, «Catálogos de amores: variaciones de un motivo poético grecolatino» y «Las *Anacreónticas* en la poesía de Francisco de Trillo y Figueroa».

⁵ Saco este dato del fundamental trabajo de Crosby, 1956, p. 442, quien cita la obra bibliográfica de Iriarte: *Regiae Bibliothecae Matritensis Codices Graeci MSS*, Madrid, 1769, pp. 503-73.